

---

# Editorial

## Educar-Nos, Forjar Humanidad en la Dignidad de la Vida

Dr. Felipe Reyes-Escutia  
Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas  
felipe.reyes@unicach.mx

---

La Educación ha de entenderse como un proceso de construcción humana multi e interdimensional de articulación personal-social-cultural-territorial, complejo y diversificado por naturaleza, alejado de dogmas epistémicos totalitarios y unitarios. Y, por lo tanto, identitaria.

Educar, educar-nos, en la complejidad humana y de la vida, en la conflictividad crítica de reconocer y resarcir la fragmentación moderna del pensar, sentir, pertenecer de nuestro ser, en la necesidad de coexistir y dialogar en la diversidad cultural y territorial, nos exige comprensión, habilidad y voluntad del pluriverso que somos. Más aún, educar-nos en tiempos de crisis y de caducidad civilizatoria, exige aún más descolonizar no sólo nuestro pensamiento sino nuestro ser moderno todo, emerger humanos en la conciencia planetaria sin perder el territorio, la historia y la cultura que nos forja.

La conciencia planetaria, las historicidades, territorialidades y culturalidades de nuestras identidades, la diversidad humana y el conflicto germinal en el encuentro, nuestra pertenencia a la vida, definirnos humanos más desde el amar y menos desde el razonar, han de ser marco conceptual de la Educación. El diálogo ha de ser el método. Y la palabra y el abrazo -epistémicos, ideológicos, políticos, culturales y corporales- nuestras herramientas para imaginar y construir humanidad, comunidad y dignidad en el pertenecer a la sacralidad de la Vida.

La Educación ambiental, como todo concepto, campo o propuesta educativa, manifiesta una aspiración humana, ideológica y política, nunca neutra. Forja humanidad, cultura, ciudadanía, comunidad, identidades, territorios, mundos y utopías. En la toma de conciencia de sí misma y en la configuración de su ser, de su hacer y de sus aspiraciones, ante el carácter cosificador y devastador del proyecto moderno de civilización, ha ido visibilizando la necesidad de transformar la



noción misma de Educación, normalizada en las instituciones modernas tales como la familia, la escuela, la ciencia, la sociedad, y en sus sistemas éticos, estéticos y de conocimiento.

En este paisaje, la Educación ambiental es un campo moderno que está asumiendo la conciencia de trascender su propia modernidad.

Recogiendo el concepto construido colectivamente y expresado en la Estrategia nacional de educación ambiental para la sustentabilidad en México, publicada por primera vez en el año 2006, que la entiende como:

*...una educación que promueva la formación de individuos y grupos sociales con conocimientos, habilidades, sentimientos, valores y conductas favorables para la construcción de un nuevo paradigma social caracterizado por pautas de convivencia social y con la naturaleza que conduzcan a la sustentabilidad política, económica y ecológica.*



Puede observarse que la aspiración que asume está inevitablemente tejida en una compleja red de procesos de imaginación, diálogo y construcción colectiva, intercultural, transracional y transdisciplinar que exige su no reducción a campo pedagógico, ni a racionalidades no germinadas en la complejidad humana, ni a epistemologías no comprendidas en el pertenecer a la Vida.

Construir, asumir, dar cauce y viabilidad, hacer germinar y florecer nuevos paradigmas civilizatorios que reconozcan la policromía cultural que somos no es posible desde la sola razón, exige la totalidad de nuestro ser humanos, una conciencia nueva que funda pasión corporal, fuerza espiritual, inteligencia comunitaria y no solo colectiva, fe y esperanza en el pertenecer a la vida, criticidad y alegría tejidas, abrazos en la palabra que hermana la diversidad de las naciones que somos, territorios diversos que dan historia y cultura e identidades y utopías que imaginen y fragüen realidades nuevas, comunidades vivas, verdadera, poética y amorosamente vivas. Trascender la modernidad desde la propia modernidad para ser humanos en la planetariedad de la vida.

No nos alcanza el pensamiento moderno naturalizado en nosotros, académicos de la educación. Emanciparnos, descolonizarnos, recuperarnos comunidad en nuestros territorios, historias, identidades y utopías tejidas en la palabra es la tarea de nuestro tiempo en este partearguas planetario, civilizatorio y del pensamiento.

No hemos de inventar necesariamente nuevos paradigmas.

Ya existen en quienes dan vida a proyectos civilizatorios otros pero son invisibilizados por los sistemas modernos de sociedad, cultura, educación y conocimiento. Existen vivos y laten con pasión y con la Tierra.

Tienen sus propias epistemologías profundamente vitales. Dialogan. Florecen. Son.



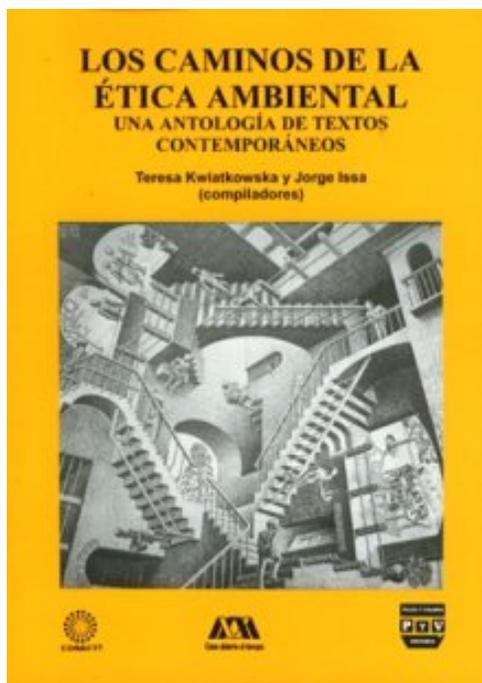
Tienen pensamiento crítico y su conocimiento es transdisciplinar o adisciplinar. Y ese pensamiento no está separado del espíritu ni de la emoción ni del cuerpo.

Tienen conciencia de sus pobrezas, limitaciones, conflictos, problemas y dolores.

Están en el Sur y en el Oriente. Están en los márgenes y fuera del hegemónico universo moderno. Están en el trópico que, por incómodo y no ortodoxo, aún existe palpitante y floreciente.

Daré ejemplos:

En nuestro trabajo con comunidades campesinas y pesqueras de diferentes regiones de Chiapas hemos aprendido viviendo. Así, en el año 2008, en una comunidad del municipio de Pijijiapan, llamada Salto de agua, recorriendo sus terrenos ejidales, encontramos una hermosa extensión de bosque tropical muy bien conservada, claramente distinguible del extenso potrero que dominaba todo el paisaje.



Al preguntar porque ese lugar no fue convertido en pastizal, la respuesta fue poco esperada para nuestro pensamiento anclado en el discurso educativo conservacionista moderno: "es que es sagrado, ahí vive el Señor de la Montaña".

Más clarificador y complejo es el caso de las mujeres de una comunidad maya de Chiapas que al inicio de las lluvias llevan ofrendas a los nidos ciertas hormigas llamadas arrieras y les rezan. Esta práctica humilde es expresión profunda y compleja de conocimiento y cultura viva que asume pertenecer a la vida y que, en nuestro lenguaje, es sustentable, pues logra: 1) un sistema agrícola vasto y diverso que dialoga con procesos ecológicos (la milpa maya); 2) alimentos libres de agroquímicos al no considerar como plagas a los animales con que conviven en sus cultivos; 3) suelos fértiles, no contaminados; 4) arroyos y ríos que no reciben agroquímicos ni arrastran suelo fértil por deforestación; 5) producción orgánica que no necesita fertilización química; 6) menores riesgos de contraer enfermedades por el manejo de pesticidas; 7) menor dependencia económica en el ejercicio de soberanía alimentaria, y 8) fortalecimiento de las identidades comunitarias desde y hacia los territorios y paisajes bioculturales construidos.

Lo diré de golpe, construir los paradigmas que necesitamos para ser humanos en la dignificación de la vida y reconocer sus dimensiones educativas solo es posible en la interculturalidad amorosa inscrita en la sacralidad de la vida.

La humanidad occidentalizada está aprendiendo también a ser, a pensar, a asumirse y recrearse permanentemente en esta cualidad nuestra de construir conciencia de lo que somos y de aquello de lo que formamos parte: la vida y el universo. Seamos comunidades de aprendizaje amorosas y poéticas en la maravilla de la vida y en el disfrute de la conciencia crítica de vivir.

Dialoguemos francos, en alegría, criticidad y esperanza, en comunidad la Educación ambiental que imaginamos, que deseamos, que necesitamos, compartamos nuestras historias, dibujemos paisajes y forjemos realidad. Somos humanos, forjémonos humanos en maravilla de la Vida.

